

acceder al inmueble. Antes de entrar intentamos localizar algún detalle interesante en la fachada. Después de minuciosa inspección, Justi pudo captar con el teleobjetivo de su cámara un hallazgo notable, que pudo fotografiar: restos de la primitiva labra correspondientes a las jambas de uno de los ventanales. Como diría un castizo: ¡Menos da una piedra! Pero, una sola piedra nos inyectó la dosis de moral suficiente para aventurarnos, y decimos bien, ¡aventurarnos!, a penetrar en el edificio en ruinas. En la planta baja encontramos los despojos de la iglesia, del coro, del refectorio. La tristeza nos embargó al llegar a la cripta, siempre guiados por Mariano, nuestro singular "cicerone" que no cesaba de exclamar: ¡Aquí no ha quedado ni rastro! Y, efectivamente, allí no quedaban ni rastro... ni restos. Estos fueron trasladados, porque la ignorancia (evitamos el término profanación) los había puesto en peligro. Algún desaprensivo "buscador de tesoros" o "ladrón de tumbas" había hecho alguna cata, y hasta la puerta de acceso a la cripta había sufrido los rigores destructivos. Los frescos del siglo XVIII, concretamente de 1734, que la adornaban interiormente casi han desaparecido. Sabemos que los frescos carecían de valor artístico: eran toscos, sencillos, sin aparantes pretensiones estéticas; pero, ¿quien puede negar su indudable valor histórico?.

Pasamos a la primera planta. Deambulamos por los corredores y aprendimos toda una lección práctica de aprovechamiento de espacios. En la zona destinada a dormitorios o celdas, observamos como un arco conopial había sido sabiamente transformado en taquilla, o tal vez alacena. De vuelta, por el mismo corredor, una gratísima sorpresa: en una ventana cegada desde el interior por ladrillo y tapial, encontramos una decoración mudéjar de arcos entrelazados geométricos, labrados en yeso y sin aparente policromía. Con máximo cuidado, realizamos una incisión y llegamos hasta el fondo de la filigrana, sin que apreciese la coloración. Evidentemente, las capas de cal con que habían sido "tratados" los relieves eran incontables, pero... ¿podrían haber hecho desaparecer la supuesta policromía? Julio Felix Villamanta, nuestro ocasional experto, aseguró que no, y, posteriormente, así nos lo corroboró un arquitecto amigo. Pero nosotros seguimos, "erre que erre", dubitativos: ¡Una decoración en yeso sin policromía...!

Subir al campanario resultó "el más difícil

todavía". Desde allí divisamos la completa panorámica del Torrijos moderno, dinámico, emprendedor, industrial... Y desde las alturas, alejados del suelo, surge la reflexión: ¡Lástima que los torrijeños no hayamos sabido conjugar nuestro pasado esplendoroso con tan brillante presente y prometedor futuro!.

Nos quedaba aún por visitar el patio, al que no podíamos acceder sino a través de una puerta falsa abierta a la calle de las Vistillas, en la fachada oriental. La maleza dominaba por doquier. Nos aproximamos cuanto pudimos al claustro exterior para fotografiar detalles de sus notables columnata renacentista. Junto a la pared sur, hallamos una tapa en el suelo, totalmente cubierta de estiércol. Al levantarla encontramos una cueva de la que ya teníamos noticias. Descendimos y avanzamos hacia el interior guiados por la luz de una linterna. La fábrica de ladrillo de la bóveda de cañón y de las paredes está en perfecto estado de conservación. Pero pronto nuestra incipiente ilusión se desvaneció, pues a unos dos metros de la entrada, el corredor subterráneo que discurre paralelo a la pared sur, se bifurca en dos ramales: uno que se dirige a NE (en dirección a la iglesia colegial) a través del subsuelo de la plaza de San Gil y de la calle de las Cuevas, y otro, en dirección SO, hacia el antiguo camino de Gerindote, al monasterio franciscano, desaparecido, de Santa María de Jesús. Desgraciadamente, el brazo de la izquierda está obstruido por los cimientos de muros levantados posteriormente; y el de la derecha, cegado con tierra echadiza arcillosa, fácil de evacuar en el hipotético caso que se intentase descubrir.

Finalizó nuestra visita con el ocaso. Salimos tristes y, a la vez, esperanzados. Nuestro Ayuntamiento va a emprender unas obras de remodelación, acondicionamiento, rehabilitación de tan nobles ruinas. El edificio será destinado para un gran Centro Cultural que ya demandan nuestras jóvenes generaciones. Loable empresa la de nuestro Ayuntamiento que nunca nos cansaremos de ponderar y agradecer. Pero, ¡por favor! (y perdón por nuestro escepticismo), que no se nos hable de restauración, pues se nos antoja aventura utópica, sueño imposible... ¡Dios quiera se convierta en realidad! Amén.

(JULIO LONGOBARDO Y JUSTI DE LA PEÑA)